

DESDE PARAGUAY CON TERROR

José Sienra

VOLUMEN 1

**Relatos sobre historias de miedo y
mitos del folclore paraguayo**

INDICE

El campeón	Página	3
El señor de la noche	Página	7
Don Rey	Página	10
Estación botánico	Página	12
Barco fantasma	Página	15
Pyhare mboyve	Página	19
La bestia del WhatsApp	Página	21
El niño en el aljibe	Página	30
Perro sin cabeza	Página	31
Abducción (encuentro inesperado)	Página	35
Sixto	Página	40

El campeón

Hace unos años era entrenador de un equipo infantil de fútbol en la localidad de Yvapovo. Nuestra liga estaba compuesta por 8 equipos que peleaban el campeonato anualmente.

La temporada no había empezado aún y nos movilizábamos a la tarde a partir de las cuatro en las instalaciones del club. Al transcurrir los días me doy cuenta de que siempre hay un niño observando los entrenamientos. Se sentaba silencioso bajo un frondoso árbol de mango.

Un día crucé el predio hasta donde se encontraba y le pregunté su nombre. Pedro me contestó.

- ¿Querés jugar Pedro?

- Si, pero no tengo campeón -

Ahí me di cuenta de que el chico estaba descalzo. Vestía una raída camiseta verde y un pantaloncito negro.

- Tengo muchos champions, vení mañana y probamos.

Pedro era buen jugador, transportaba bien la pelota y veía la ubicación de sus compañeros para asistirlos.

El primer partido jugábamos de visitante. Puse a Pedrito en el medio campo. Dio dos asistencias para gol. Empatamos el partido.

A medida que transcurría la temporada Pedrito se afianzaba cada vez más ganándose la confianza de sus compañeros y la mía.

Lo que me extrañaba de él era que nunca llevaba los champions a su casa. Los dejaba prolijos uno al lado del otro en el cuartito que usábamos de camarín. Tampoco veía a sus padres en los partidos. Siempre le preguntaba, pero él se encogía de hombros.

Un día al terminar el entrenamiento me ofrecí a llevarle a su casa. Al llegar vi que era una casa de venta de materiales de construcción. El niño bajó y le pregunté si podía hablar con sus papás. Ya cerraron me dijo. Seguro fueron a la casa de los abuelos.

Dos semanas después estábamos en la final del torneo. El estadio estaba colmado de padres que presionaban al árbitro y al equipo contrario. Faltando cinco minutos nos

quedamos con diez. La situación estaba apretada. Y todo seguía cero a cero. Nos defendíamos como podíamos, pero manteníamos la moral alta. En eso salimos en un contragolpe de los pocos que tuvimos y nuestro jugador fue derribado muy cerca del área. Teníamos una oportunidad. Le dije a Pedrito que patee. Él no dudó.

Fue muy gracioso ver como su pequeña figura se inclinó cuando le dio a la pelota, esta pasó sobre la muralla de niños y cayó dentro del arco contrario.

Todos saltamos e invadimos el campo de juego. Yo fui expulsado junto con el presidente del club por ir a abrazar a los jugadores. Además, hubo una que otra rencilla entre padres.

Minutos después terminó el partido y éramos campeones.

Durante los festejos nos sacamos fotos y se repartieron medallas. Un reportero del periódico local anotó los nombres de los campeones.

Tres días después escuché que alguien golpeaba la puerta de mi casa. Era un policía y un agente fiscal. Más allá veo al presidente del club y a una señora que no conocía.

La fiscal me mostró la publicación de los campeones con los nombres que habían aparecido en el periódico local.

La indagación era sobre Pedro Isaías Morales. (Pedrito) ahí me enteré de que él llevaba desaparecido tres años.

-No puede ser él - respondí asustado.

Entonces traje una fotografía grupal de los campeones. Allí la fiscal llama a la señora desconocida y la presenta como la abuela de Pedrito.

La foto era muy clara sin embargo me doy cuenta de que la cara de Pedrito se veía un tanto borrosa. Aun así, la abuela lo reconoce y se echa a llorar.

El fiscal me pregunta cómo le conocí al niño y le cuento lo del mango y la casa de materiales.

La abuela se acerca y me dice: allí él vivía con su madre (mi hija) y su padrastro en una casita que fue derribada para construir lo que es ahora la casa de ventas de materiales,

pero un día desapareció y sus padres se mudaron a Asunción ignorando la investigación - concluyó.

Al día siguiente la abuela vuelve a mi casa.

- Escuché que usted le dijo a la policía que siempre lo veía bajo un árbol de mango - pregunto.

- si- le respondí sorprendido

-Entonces sé dónde está mi nieto.

Detrás de la casa de materiales había un patio baldío. Casi en el medio un frondoso mango se enseñoreaba. Hasta allí llegamos con la abuela dos policías y dos funcionarios municipales. El lugar era muy tupido y nos abrimos paso a golpe de machete.

Recuerdo que escuché decir a uno de los policías.

- Pero aquí nio ya vinimos luego señora.

La abuela que se llamaba Justina le respondió.

- Peheka cheve pe mango vype. (búsquenlo debajo del mango)

Y así empezó la excavación al rededor del mango. Yo aún no estaba convencido de aquello. Jamás creí en espíritus y almas en pena. Supercherías decía.

Casi una hora después que los trabajadores empezaron a palear uno de ellos levantó la mano.

-Ape a juhu algo. (encontré algo)

Nos asomamos a la excavación y vimos lo que el hombre había encontrado. Era un trapo negro desteñido. Al remover la tierra apareció un fémur luego la pelvis. En seguida un pequeño cráneo humano. El esqueleto tenía vestido una camiseta deslucida y rota. Pero aún se notaba que era verde.

Ña Justina se arrojó al piso llorando.

-Che memby - decía. (mi hijo)

Al rato el lugar estaba lleno de policías, fiscales y curiosos. Yo me retiré temblando del lugar. Al ir saliendo del patio baldío veo entre la maleza una cinta azul unida a una medalla. Lo levanté, "campeones 2007" decía. Ahí me quebré y lloré desconsoladamente. Lo dejó ahí para que yo lo encuentre.

Tres días después fue el entierro. Sus compañeros de equipo tomaron el pequeño féretro y marcharon hasta el camposanto

- campeón, campeón! - gritaban.

El señor de la noche

Magda vino a asunción para estudiar desde una compañía de Caaguazú. Corría el año 1985 cuando la conocí mientras cursábamos el primer año de administración de empresas en una universidad que estaba frente a la plaza uruguaya. Su familia era gente muy trabajadora, poseían parcelas donde cultivaban mandioca y algodón

Formamos un grupo muy lindo de compañeros. Salíamos a bailar y a divertirnos. En aquella época las fiestas terminaban a la una de la madrugada. Pero siempre nos reuníamos después en casa de alguno de los amigos. Era una de esas noches cuando empezamos el famoso caso ñemombe'u y entre risas y tragos de cerveza todos dimos nuestras versiones de la pora. Hasta que le tocó a Magda.

Serenamente ella nos contó que su familia tenía un pacto con el Karai pyhare. Hubo algunas risas, pero luego todos la miramos en silencio.

-Mis tatarabuelos cuando llegaron a esas tierras se dieron cuenta de que un extraño duende protegía a los árboles a las aves y a todos los bichitos que habitaban el monte. Mis antepasados muy sabiamente aceptaron el pacto jurando conservar ese entorno con todos sus habitantes. En compensación el duende se comprometía a cuidar a cada miembro de la familia hasta que acaben sus generaciones.

- Entonces el pora es tu guardaespaldas - le dije en forma burlona. Todos rieron

Ella ni se inmutó solo asintió con la cabeza mientras me miraba fijamente. Yo me sentí disminuido y enseguida me arrepentí de lo que dije. Magda era una chica de mirada franca que tenía las ideas muy claras. Su sueño era terminar la carrera y administrar las tierras de su familia.

Desde ese día sentí que estaba en deuda con ella. Un día al salir de la facultad como a las diez de la noche la veo parada en la esquina. El clima estaba frío y caía una fina llovizna sobre la ciudad.

- Hola - le saludé —. Ella me respondió con una sonrisa, ese día no habíamos tenido tiempo de hablar en clases y ansiaba pedirle disculpas por lo de la otra noche. Debo confesar que ella me gustaba. Tenía un no sé qué que me atraía muchísimo.

Me comentó que el 19 no venía. Ella vivía con en un alquiler en el barrio San Vicente. Yo en el otro extremo de la ciudad.

- No te preocupes - le dije - yo espero contigo y te acompaño. Cuando llegó el colectivo subimos y yo pagué por los dos. Ella me miró sorprendida.

- ¿Por qué haces esto me preguntó? - yo no supe qué responderle.

Cuando bajamos del ómnibus la calle estaba oscura. Ella se detuvo y me tomó del brazo.

- Debo contarte algo. Frente a mi casa hay una persona que siempre me molesta. Solo debes ignorarlo. ¿Me prometes?

Yo le dije que sí. Efectivamente al llegar a su casa un grupo de tres hombres estaban sentados bajo un techito en la vereda de enfrente bebiendo. Pasamos en silencio. Ella me comentó que el tipo que le molestaba era policía hijo de un comisario retirado. Cuando llegamos me invitó a pasar. Su puerta de entrada daba sobre la calle misma.

- Tengo gaseosa tomamos y después te vas. - Entramos y cerró la puerta. Ella se mostraba agradecida porque la había acompañado. Yo contento por estar con ella.

Al rato alguien furibundo golpea la puerta.

- Salí de ahí p....- que te crees que va a venir un extraño a comer nuestra mercancía escuché.

Ella me pidió que guarde silencio. Pero segundos después la puerta se vino abajo.

Escuchamos las carcajadas de los tres tipos. Yo reaccioné abalanzándome sobre ellos. Pero me dominaron fácilmente. Sentí un golpe en el estómago y en un segundo me encontré tirado en medio de la calle. Desde allí vi como el policía le quitaba a Magda del pelo.

- ¡Ya esperé demasiado nena! - dijo mientras se desabrochaba el pantalón. La puso contra la pared y le levantó la pollera. Yo gritaba desde el piso mientras la rodilla de uno de los tipos apretaba mi cara contra el empedrado.

Entonces ocurrió algo increíble. Cuando el bravucón iba a arremeter contra mi amiga. Vi cómo se elevaba y giraba como las aspas de un ventilador. Luego su corpachón fue arrojado yendo a estrellarse contra la muralla de enfrente. Antes de caerse al piso una pequeña

sombra que tenía una especie de mazo lo molió a golpes. Escuché cada uno de sus huesos quebrarse. Los golpes eran parecidos al tecleo de una máquina de escribir.

Los cobardes que me sujetaban huyeron despavoridos calle abajo.

A duras penas me levanté para ir al encuentro de Magda. Nos confundimos en un largo abrazo y ella lloró por un largo rato.

Al día siguiente la gente del barrio encontró al policía destrozado a unas cuadras de allí. Sus dos socios estaban sentados al lado del cadáver con los ojos velados y sin poder hablar. ¡Les habían cortado la lengua!

Hace más de treinta años de eso que me pasó. Hoy tengo una familia e hijos ya grandes, les conté mil anécdotas sobre mi juventud. Pero, jamás, jamás les conté esa historia. Cuando el señor de la noche cumplió su promesa.

Don Rey

Cuando me mudé a Asunción vine con mi primo. Nuestra familia tenía una pequeña casa en republicano cerca de la UCA que todavía no estaba habitada. Mi primo y yo fuimos los primeros. Ni puerta teníamos. Era 1980 y en el barrio había poquísimas casas predominando los patios baldíos.

Apenas nos habíamos acomodado cuando escucho que alguien golpea la mano en la calle. Al salir encuentro a un señor de pelo canoso ya entrado en años que me saluda desde el portón.

- Mbaeichapa mi amigo, bienvenido al barrio -

Yo me acerqué y le pasé la mano, el señor era muy amable. Me dijo que vivía a la vuelta y que si necesitaban algo estaba a las órdenes. Yo le agradecí y le pregunté su nombre.

- Don rey nomás decime mi hijo, acá en el barrio me conocen todos. Tengo un pequeño almacén también por ahí si necesitan.

Volví a agradecerle tanta amabilidad, luego él se marchó, caminaba lentamente, casi arrastrando los pies.

Le conté a mi primo. Pero lo que más le interesó fue lo del almacén.

- Bien - me dijo - esta noche va a venir Laura (su novia) así que de ahí vamos a traer algunas cervezas para inaugurar la casa.

Cuando llegó la noche y como yo era el menor fui a buscar el almacén y las cervezas. Al dar vuelta la esquina había mucha oscuridad sin embargo veo a dos señoras hablando en el medio de la calle.

- Disculpen, ¿dónde queda el almacén de Don Rey? -

- La casa verde en la media cuadra es mi hijo - me responden. - Vas a ver luego una ventana grande donde atienden.

Cuando llegué había una chica muy joven despachando. Le dije que era nuevo en el barrio y que quería algunas cervezas. Y si me podía prestar los envases. Ella accedió.